

CRONICA LITERARIA

por Domingo Melfi

DON JUAN AGUSTIN BARRIGA.

En don Juan Agustín Barriga palpó la tragedia del escritor que siente día a día desvanecerse la fuerza literaria sin que pueda tapar con su voluntad el orificio por el cual fluye incesante esa vitalidad creadora. Tenía todos los dones para ser un escritor de primera mano y no lo fué sino en la medida fragmentaria en que se lo permitió su propia naturaleza de hombre. Faltó en él la ley de la constancia intelectual que tantas veces hemos invocado para referirnos a los escritores de América y especialmente a los escritores chilenos. Esa ley permite sobrevivir sobre el tiempo mismo y sobre la creación diaria. Más allá de ella no se encuentra el vacío como ocurre con tantos nombres de la literatura, sino la voluntad alerta que construye a despecho de los desencantos y de los naufragios.

En América es proverbial el escritor de un libro y el escritor de algunos trozos más o menos perfectos. Luego sobreviene la calma, el silencio, después la soledad

sin murmullos y, finalmente, el olvido. Estos hombres pasan como las sombras de un gran recuerdo; provocando en los íntimos o ne los admiradores las palabras rendidas y ciertas de un sincero entusiasmo. Son los creadores de una obra trunca que no pudo completarse porque la vida cobró intereses usurarios antes de tiempo y ellos mismos no fueron capaces o no quisieron sobreponerse a las penosas contingencias de esos cobros. Desertaron para entregarse a otras actividades o para mirar el fluir lento y doloroso del tiempo.

Don Juan Agustín Barriga mostró en los lampos de sus discursos y de sus breves páginas, la médula rica de su don de prosista. Hubiera sido quizá uno de los grandes prosadores del habla castellana si hubiera perseverado en la tarea para la cual mostraba tan extraordinarias condiciones. Conocía y dominaba el instrumento del estilo, conocía y dominaba el auténtico sentido de las palabras y conocía y dominaba la elegancia de los períodos entre los cuales palpitaba el ritmo de la elocuencia castellana. Era un heredero de

aquellos doctos escritores para los cuales la lengua madre era como la suprema forma de la belleza. Lo atestiguan esos breves trozos que son sus discursos académicos, insuficientes, sin embargo, para aquilatar la medida que de él se esperaba. Don Juan Agustín Barriga dispersó en fragmentos el poder de su talento de estilista. Cuando parecía ya en trance de cumplir su obra unitaria, la que por la coordinación y el sistema, por la armonía de la concepción, daría el contorno magistral de la arquitectura que es en definitiva una obra literaria, se replegó en sí mismo, silencioso y hermético, y dejó que el tiempo fluyente se llevara las formas, los deseos, las ambiciones, las esperanzas, la vida, en fin, de la creación.

Esta tragedia de soledad debió golpear muchas veces su sensibilidad de artista. Debó muchas noches quizá acudir hasta su frente para inquietarlo con la invitación al acto magistral de escribir. En aquel charlador infatigable la voluntad parecía ya dominada por los desencantos. Don Juan Agustín Barriga pasó por el ambiente caldeado de la política y se retiró a



Don Juan Agustín Barriga

tiempo. Decimos a tiempo o lo dijeron entonces sus amigos. Se retiraba para entregarse a la creación literaria, mil veces más pródiga y más fecunda que la tarea estéril de los debates en un parlamento no siempre dócil a la elegancia de un orador.

Era de otra pasta. De otra condición. Se ha dicho que su oratoria brillaba con luz propia. La oratoria es el género fugaz por excelencia, y sólo en ambientes de una densa cultura, en climas cargados de selección y tradición

intelectual, la oratoria recogida en volúmenes puede seguir obrando sobre la mentalidad de un público. Entre nosotros eso es excepcional. Quizá inexistente. De Isidoro Errázuriz, con ser orador tan admirable, son contados los que hoy leen sus discursos. Y no porque ellos no tengan valor intrínseco, sino porque falta el animador que les presta la vida con la inflexión de la voz, con la sangre que hierve entre las palabras, con el ímpetu dominador de la figura que subraya cada acento, cada matiz, cada inflexión viva y flexible de cadera, de ataque o de entusiasmo.

Vemos en don Juan Agustín Barriga, la tragedia que ya hemos insinuado tantas

veces: la tragedia de la obra incumplida, la tragedia del escritor que deja huir el tiempo, que lo desmenuza día a día en la charla magnífica, en la conversación alada y fugaz. Allí se deshace la voluntad, allí naufraga entre líricas y galantes elucubraciones el espíritu ávido de confesarse. Allí se eleva desde los labios el fluido inconsistente, la inflexión cadenciosa, el cuadro acabado, la pintura plástica, la rima sorprendente, el encanto de las voces que balancean sus sueños y sus esperanzas, en un deseo

impetuoso de perpetuarse en la nada del tiempo inconsistente. Y cada día o cada noche es un nuevo empezar, un nuevo renovarse, para morir en la misma noche, con la dispersión de todos los cyentes y volver a recomenzar de nuevo en esta ansia interminable de aprisionar lo que fatalmente se escapa y se desliza por entre nuestros labios, como la arena entre los dedos...

Mañana me pondré al trabajo... Mañana... Es el tiempo sin medida, el tiempo sin límite ni riberas. No hay mañana para la naturaleza cambiante del charlador, porque en ella se ha condensado ya el supremo deleite de la vida que no exige nada.

Pero existe a veces la tragedia del desencanto para pesar sobre ese rudo elemento de fatiga intelectual. El desencanto obra como el tóxico que obtura los finos canales de la creación. En el que fué, no deja espacio para ser. Lo condena a la inmovilidad y lo persigue en cada disposición emprendida para el trabajo.

Nosotros no fuimos de la intimidad de don Juan Agustín Barriga. Sólo muy pocas veces le oímos charlar. Espectáculo admirable, porque en él todo encantaba. Su voz, el fluir de sus palabras, las

cosas que decía y contaba. Pero nemos leídos sus discursos, hemos leído algunas de sus páginas; conocemos su corta y fragmentaria obra. Breve para tan poderosa fuerza, demasiado corta para esa personalidad que posea dones singulares y magnificencia en la articulación de su prosa.

El medio no respondió al estilista. Es casi seguro que esa rue también una parte de su tragedia íntima de escritor. El estilo es una victoria para la cual se requiere un mundo especial de resonancias externas. El estilo sólo es captable por el lector, cuando este posee una cultura rica, un temperamento auténtico de artista, una sensibilidad alerta. De otro modo pasa en la obscuridad vergonzante, como un pobre asno cargado de riquezas. Parece que don Juan Agustín Barriga prefirió no descender en la estimación de sí mismo y guardó silencio. Vió demasiado cerca de él, que la adiposidad, el torpe desenvolvimiento de los períodos literarios, la estridencia estúpida de los pavos reales, se llevaban la gloriola y la gloria. El castigaba su prosa, la trabajaba con sacrificio y la pulimentaba. ¿Para qué?

Le quedó la flor liviana del misticismo, camino de la li-

beración, senda por la cual marchó en definitiva, agobiado de desencanto. ¿Fué esa su filosofía de la vida? Es probable. Pero no está entera en sus fragmentos, en sus discursos. Por lo mismo que no alcanzó a sistematizarla en la unidad de su obra. Esa filosofía de la vida que entibia la vida y la hace digna de ser llevadera. Sin ella suele no haber obra que resista, porque es ella la médula, la emanación que resiste al violento embate de las olas agrias y enemigas que se entrechocan sobre la cabeza del que observa y describe, y anota y graba en páginas perfectas o imperfectas, sus pensamientos o los pensamientos que flotan en el mundo que vive. D. M.

LIBROS RECIBIDOS

Diapasón.—Poemas de Carmen Alicia Cadilla. (N.º 4 de "Brigadas líricas", que dirige Rafael Manleón Castillo, en San Rafael, Mendoza, Argentina).

Viaje sin partida.—Poesía de Julia Prilutzk y Fanny de Zinny. Editorial Vértice, B. Aires, 1939.

Repercusión celeste y transfiguración.—Poesías de Estrella Julio. Concepción, Chile.